

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Cómo unificar a los fieles en asamblea eucarística [How to unify the faithful in Eucharistic assembly]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Cabestrero, Teófilo
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-01 16:31:09
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/224473

COMO UNIFICAR
A LOS FIELES EN
ASAMBLEA
EUCARISTICA

Teófilo Cabestrero

NO es nuestro propósito exponer la teología de la asamblea. La damos por su-
puesta (1), y, apoyados en ella, queremos describir algunas posibilidades concretas
de unificar a los fieles en asamblea eucarística. El empeño nos parece útil porque de-
bemos ir transformando la presencia disgregada —tal vez numerosa, pero disgregada—
de los fieles, en verdadera asamblea, sin la cual el mismo signo eucarístico queda in-
completo e ineficaz.

Conviene recordar que la unidad de la asamblea eucarística no se limita a una
unión exterior, ni mucho menos masiva o militar. Por esto no se satisface con movi-
mientos, gestos y actitudes uniformes. La unidad de la asamblea es primordialmente
interior, espiritual, de fe y amor universal expresado en cada comunidad concreta,
imagen de la Iglesia universal. Se trata de unión común en Jesucristo.

Pero, por tratarse de la unión íntima de una comunidad visible, hecha de per-
sonas de carne y hueso que expresan sus sentimientos, su vida interior y sus relaciones
en signos externos, como la palabra, la acción y mil gestos diferentes, esa unidad in-
terior y espiritual de su asamblea eucarística debe expresarse externamente.

(1) Como referencia útil citamos a MAERTENS, «*La asamblea cristiana*», Marova, 1965, Madrid; y a MARTI-
MORT «*Asamblea litúrgica*», Sigueme, 1965, Salamanca.

Son tres los autores efectivos de la unidad de los fieles en la asamblea: 1) Dios mismo, en Jesucristo por el amor de su Espíritu, 2) la acción ministerial de la Iglesia, 3) los fieles por su fe y su amor universal. Y los tres actúan haciendo la unidad interior por medio de «signos», y expresándola en «signos». La asamblea entera es «signo»: signo de la Iglesia universal, signo de la fe y la vida común, signo del Cuerpo de Cristo.

En la liturgia, el signo tiene dos funciones: significar y causar. El signo de la asamblea eucarística, por un lado «significa», expresa la unidad interior que hay entre los fieles reunidos en torno al altar por la unión en Jesucristo con la fe y el amor; y por otro lado, causa esa unidad, porque crea una presencia unificante de Cristo y crece la unión común en El por la fe al escuchar la palabra, por el ofrecimiento común del Sacrificio y por su manducación.

La asamblea celeste expresará claramente esa unión interior que será plena y perfecta. La asamblea terrestre, que es imperfecta por las deficiencias de la fe y la caridad, expresa imperfectamente su imperfecta unión interior; en cambio, es plenamente suya la otra función del signo: causar la unión interior, purificarla, intensificarla: acogiendo y asimilando la acción unificante de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo, de la Iglesia, uniéndose más los fieles a Dios y entre sí, queriéndose mejor.

La pastoral de la asamblea debe tratar de hacer expresivos y eficaces todos los signos de la celebración, ya que a través de ellos actúa Dios en Jesucristo Resucitado y unifica a los fieles enriqueciendo su fe y su caridad. Y los fieles expresan su fe y su amor a través de esos signos, uniéndose a Dios en Jesucristo, y estrechando así los vínculos comunes más íntimos.

Pero el cuidado de cada signo no debe oscurecer la perspectiva. Toda la celebración se orienta al signo de la eucaristía. Y el signo de la eucaristía se extiende a la celebración entera, de modo, que puede decirse con verdad, que toda la celebración integra el signo eucarístico. Con la particularidad de que todo se dirige a crear y santificar el Pueblo de Dios, la asamblea, la Iglesia reunida en torno al altar. Por esto no hemos de localizar de un modo estático la presencia de Cristo en las especies, cosificándolas. La Constitución de Liturgia del Concilio afirma la presencia de Cristo en la persona del ministro, en la Palabra, en la asamblea, y no sólo en las especies eucarísticas; y dice que todos esos signos «significan», y, cada uno a su manera, «realizan» la santificación (cf. n.º 7). Toda la presencia de Cristo en la celebración es dinámica, activa, y en función de la asamblea, que escucha la Palabra, ofrece el Sacrificio y lo come, consumando así el signo eucarístico.

Hay que ver clara esta línea: presencia de Cristo en la Palabra, que convoca y unifica la asamblea en la fe, para que ofrezca el Sacrificio, coma el Sacramento y consagre así su unidad en la comunión. Palabra-asamblea en la fe, Sacrificio y banquete-asamblea en la comunión.

Con esas ideas por delante, vamos a describir unas posibilidades concretas de cuidar los signos de la celebración, en función de la asamblea eucarística.

EL TEMPLO, AMBITO DE LA ASAMBLEA EUCARISTICA

El templo debe facilitar la reunión de los fieles en verdadera asamblea, según el nuevo estilo de celebración eucarística. En función de esto debe estar pensado.

Disposición.—La misma disposición de los bancos y la orientación de toda la nave, en torno al centro de atención común —el presbiterio— deben ya facilitar la

reunión de la asamblea. Como la Palabra, el Sacrificio y el Banquete son el corazón teológico que vivificará y unificará la asamblea de los fieles a lo largo de la celebración, conviene que el conjunto altar-ambón-presidencia, sea el corazón arquitectónico del templo.

Suponemos que nadie dudará de la conveniencia de celebrar de cara al pueblo, para favorecer la concentración de la asamblea en el altar. El hecho de que no esté mandado, como algunos arguyen, no disminuye su conveniencia. Además, está recomendado. Hasta diría que, al mandarnos promover la mayor participación de los fieles, se nos manda buscar el modo de participación que más la facilite.

La sede lateral, orientada hacia el centro del presbiterio, rompe el círculo presidente-pueblo, y disminuye su fuerza visible de presidencia. Es mejor orientar la sede de cara al pueblo. No debe quedar escondido el presidente detrás del altar. El centro de la celebración de la Palabra es la presidencia y el ambón. Esto pide cierta unidad entre los dos. Ambos deben respetar el altar, y hasta mostrar la orientación de la Palabra al Sacrificio. La Palabra se adelanta, hace la asamblea en la fe, y la conduce al altar a ofrecer el Sacrificio y a comerlo. Si esto se puede plasmar así, mejor. Pero, lo que hay que conseguir de todos modos es dar realce a la proclamación de la Palabra: visibilidad, sonoridad, personalidad.

En conjunto, la elevación de los planos y la orientación de la luz, deben favorecer la concentración común por la visibilidad del centro de la celebración. Conviene no estirar demasiado los bancos, para que no quede excesivamente lejos el presbiterio.

La sonoridad es otro detalle. Que se oiga y se entienda bien, sin esfuerzo alguno. Y sin estridencias ni deformación de la voz por el micro o los altavoces. Si éstos deshumanizan la voz, el signo de la Palabra pierde realismo, y así pierde fuerza. Todo lo que sea deshumanizar los signos litúrgicos, mecanizarlos, cosificarlos, petrificarlos, son pérdidas en la expresión humana de la fe.

Ornamentación.—Sencillez. Que nada distraiga. Que nada sacrifique el valor primario de la asamblea. Que todo la realce y la oriente al centro de la celebración. Símbolos claros y esenciales. A veces, unas frases —bíblicas o no, pero claras, breves e incisivas— en el ambón, en el altar, junto al sagrario, al lado de la imagen de María, describiendo el alcance de cada cosa, lo que allí se hace, lo que «significa» en función de la asamblea y orientado todo a Jesucristo, puede ser una excelente catequesis y una continua referencia al rito, a la Palabra, al Sacrificio. Esto tiene la fuerza de unificar la atención y la intención de la fe. Hay que plasmar estas frases en armonía de material y de forma con el conjunto.

LA ASAMBLEA A LO LARGO DE LA CELEBRACION

Antes de comenzar la celebración, un detalle que puede preparar la asamblea es acoger a los fieles en la puerta y acompañarlos dentro. Esto supone un servicio de «acogida», al que pueden destinarse algunos seglares. Es un papel delicado que requiere tacto y sencillez, y cuya función es acoger con atención y calor a los miembros de la comunidad, al llegar a la casa común de los hijos de Dios a celebrar la memoria del Señor.

Se procurará colocar a los fieles cerca del altar. Para evitar claros y para facilitar el sitio a los retrasados, a fin de que no molesten pasando a buscar sitios vacíos delante, ni se amontonen detrás en pie. Con frecuencia, el buscar sitios dispares, lejos

de los demás, denuncia individualismo. Una asamblea con grandes claros, es deficiente desde el punto de vista de la integridad del signo, y es signo de una deficiencia interior.

Una breve introducción al día, al domingo, a la fiesta y a los textos, con un poco de ensayo de los cantos, es útil para aunar ya la atención de los fieles, despierta una actitud espiritual común y dispone para el canto común. Esta introducción, permite reservar al celebrante lo que es propiamente el «saludo» de las moniciones; tiene su valor que lo haga el celebrante, incluso para unificar la asamblea.

Durante la celebración, el presidente es una pieza clave en la asamblea, porque encarna la acción ministerial de la Iglesia, encaminada precisamente a reunir en asamblea al Pueblo de Dios y consagrarlo en la renovación común de la Alianza hecha con el Padre en la Sangre de Jesús. Ya desde que comienza, «en el nombre del Padre», etc., se ve si el sacerdote tiene conciencia de que inicia una celebración común, o si, por el contrario, va a decir «su misa»; se ve si llama a los fieles al diálogo, si dialoga de verdad y se une a ellos, o simplemente permite que algunos respondan mientras él dice «su misa»; y se ve si hace un «signo» vivo, o hace una «cosa», un rito petrificado. Esta conciencia y esta actitud suyas, son determinantes para el punto de partida de la asamblea. Hay que confesar que abunda la actitud individualista y hasta la rutina y despersonalización de los signos, aunque por otro lado pueda haber mucho fervor. Esto es serio, pues el sacerdote está al servicio del Pueblo en nombre de Dios, y al servicio de Dios en nombre del Pueblo. Debe estar enteramente vinculado a la asamblea. Celebra la memoria del Señor en asamblea con los fieles.

La Palabra, el Sacrificio y el Banquete son los nudos que hacen la asamblea a lo largo de la celebración.

LA PALABRA

Las lecturas. Por la Palabra proclamada en las lecturas, Dios mismo convoca a su Pueblo. Para ello, el Pueblo debe escuchar la Palabra y entenderla como Palabra de Dios pronunciada actualmente para ellos. Esto nos pide, 1.º como base, leer bien; 2.º no limitarnos a leer: proclamar la Palabra de tal modo, que, al oírla, perciban en la proclamación el signo de nuestra fe y de nuestro ministerio; 3.º aplicar la Palabra a la asamblea: homilía.

Todo lo que es lectura muerta, insípida, apresurada, y demás defectos que dificultan oír la proclamación como Palabra actual del Dios vivo, despersonaliza la Palabra y le quita su fuerza de llamada y convocatoria de Dios. Hay que tomar esto en serio, y, si es preciso, prepararse las lecturas. Al proclamar la Palabra hay que hacer las pausas necesarias y subrayar las frases en que se concentre especialmente el mensaje, para que cale en la asamblea.

La homilía debe aplicar a cada asamblea la Palabra proclamada, y mostrar su cumplimiento en la eucaristía, orientando así la fe al Sacrificio y a su participación por la comunión; todo hacia la vida diaria. Se trata de saber decir a la asamblea: «hoy se cumple esta Palabra para vosotros»; se cumple sobre todo en el sacramento de la Muerte y la Resurrección de Jesús, signo eficaz de todo el mensaje cristiano de la Revelación; se cumple para participarlo y vivirlo. Así, la homilía unifica a la asamblea situándola entera bajo la luz y la fuerza de la Palabra de Dios y disponiéndola a la fe común, al común ofrecimiento del Sacrificio y a la común-unión en el Ban-

quite; y, en definitiva, a la vida común, a la vivencia de los mismos sentimientos, la misma gracia, la misma vida de Dios en Jesucristo. Todos unificados por la acción salvadora de Dios. Hay que ir extendiendo la homilía a ciertas misas de feria, de fiestas que no son de precepto, etc.

Las moniciones son como una cuarta dimensión de la Palabra proclamada en las lecturas y aplicada a la asamblea en la homilía. Las moniciones sitúan el mensaje del día en los puntos claves de la celebración, para iniciar a la oración común y a la común participación con los sentimientos peculiares de ese día.

El Pueblo por su parte, medita la Palabra en común —canto interleccional— ora también en común y proclama su fe común con el Credo y las aclamaciones. Todo esto unifica a la asamblea. En las oraciones, todo el rito es importante a este respecto: el diálogo inicial con el celebrante —«el Señor esté con vosotros...»— la invitación a orar —«oremos»— el silencio común en el que la asamblea se une profundamente al Señor e interioriza la intención de la oración del día —y para esto es necesario que el monitor la enuncie e inicie así a esta oración silenciosa— y la oración de todos, recogida y elevada por el sacerdote.

EL SACRIFICIO

El Ofertorio se inicia ofreciendo el pan y el vino, materia del Sacrificio. Los Padres consideraban que en la asamblea, como materia espiritual del Sacrificio, los fieles debían hacerse una sola alma por la caridad, como los granos de trigo se hacen el mismo pan ofrecido y los granos de uva el mismo vino. Esta unidad de los fieles en la asamblea, por la caridad, es la disposición requerida para participar en el Sacrificio. Esto se «significaba» por el ofrecimiento real de dones, que luego se repartían entre los necesitados de la comunidad. La procesión de las ofrendas no era un rito vacío, como resulta ahora, por más que se solemnice, si no expresa de algún modo la caridad real que debe unir a todos para integrarse en el Sacrificio del Señor. Por esto conviene volver al ofrecimiento real de dones, como signo de una caridad sentida. La colecta puede incluirse aquí. Dos acólitos, al ir procesionalmente al fondo del templo, donde están las ofrendas, distribuyen a izquierda y derecha unas simples bolsas o unos cestillos pequeños; uno a cada banco, que los fieles se pasan y ponen su ofrenda en metálico; los mismos fieles hacen volver al centro la bolsa, y al volver los dos acólitos delante de los que traen las ofrendas —el pan y el vino, y si hay dones en especie— van recogiendo las bolsas o cestillos con las limosnas. Todo sube al presbiterio. Un sencillo rito que acaba con los inconvenientes de una colecta interminable y fastidiosa, y que contribuye a unificar la asamblea con un signo concreto de caridad como disposición espiritual para ofrecer el Sacrificio.

El Prefacio abre la gran oración eucarística. Con el diálogo inicial, el celebrante compromete a la asamblea a una actitud de fe para la acción de gracias común. Es hora de que el monitor oriente el mensaje del día al Sacrificio. La asamblea ratifica el himno de acción de gracias con la aclamación común «Santo, Santo, Santo».

En la doxología del per ipsum, culmina el ofertorio. Ya no es la materia, es el Sacrificio mismo de Cristo lo que se ofrece. Hay que dar al rito y a la aclamación toda su importancia. Es la verdadera «elevación». En la consagración, la elevación fue introducida por razones devocionales; se trata de que el pueblo vea la Hostia y el Cáliz (por cierto que, al celebrar de cara al pueblo, ya no es necesario elevarlo tanto;

basta mostrarlos; que vean y adoren en silencio). En cambio, la elevación del *per ipsum* es todo un rito que sensibiliza la fórmula de glorificación del Padre con el Espíritu en Jesucristo; rito y fórmula culminan en la aclamación de toda la asamblea. Es un punto álgido de la participación y de la unidad de la asamblea en una incorporación a Jesucristo por la fe para glorificar al Padre.

Hay que liberar a los fieles del sentido «vulgar» y falso de su aclamación «amén». No significa «así sea». Significa «así es», «lo creemos», «lo afirmamos».

LA COMIDA

El Padrenuestro. La monición del celebrante, llama a la asamblea y la une en la invocación común al Padre. Padre «nuestro». Es ya disponerse a sentarse a la mesa común de los hijos de Dios. Disposición que se acentúa con la paz.

La paz, expresión del mutuo amor en Jesucristo, comunicación fraterna del amor que el Padre nos tiene en Jesucristo, es espiritualmente una prolongación del Padrenuestro y «significa» la disposición de caridad requerida para comulgar. Es un signo de la comunión espiritual de la asamblea en Jesucristo. De ordinario, en la práctica hemos perdido este signo. Hay que tratar de revalorizarlo. Darse el abrazo de paz siempre que el tipo de asamblea lo permita. Por supuesto, en el presbiterio, el presidente, el diácono, los acólitos si son algo mayores, deberían darse la paz siempre. Y para todas las asambleas habría que buscar alguna solución, algún modo de «significar» la donación mutua de la paz. Es importante para el signo de la unidad de la asamblea. Comunión espiritual de todos, como creación y expresión de la disposición espiritual requerida para la común-unió sacramental en Jesucristo.

La comunión. Porque la comunión sacramental es la meta de la participación de los fieles en la celebración eucarística, la comunión de todos es la expresión más completa del signo de la asamblea. Todo el ritmo anterior de unificación de los fieles en asamblea, desde la entrada a la proclamación de la Palabra, de la Palabra al ofrecimiento del Sacrificio, y del ofrecimiento al signo de la paz, se orienta a la unión común en la mesa del Padre, a compartir el Pan del Cuerpo de Cristo. Cuando todos comen este Pan, comparten la vida del Señor y se hacen un solo Cuerpo. Su Cuerpo. Miembros unos de otros.

Es indudable que al no comulgar, se rompe la asamblea en lo más álgido; o, mejor, no llega a su término. El signo y la realidad profunda de una asamblea en la que sólo unos pocos comulgan, es deficiente. La comunión espiritual de los que no se acercan a la mesa del Pan, salva en parte —sólo en parte— la realidad interior de la asamblea. El signo no se salva. Por esto es necesario un signo exterior —puede ser el de la paz— que exprese la profunda comunión espiritual de todos en el Señor.

La acción de gracias en común, con la oración final —saludo, invitación a orar, iniciación por la monición, breve oración en silencio recogida y elevada por el sacerdote— debe ser vivida en común por la asamblea. Hay que dejar para luego las devociones individuales de acción de gracias, porque si cada uno está ocupado en sus afectos particulares, se deshace la asamblea, se cae en el individualismo y se deja sólo al sacerdote en la acción de gracias común. En muchas celebraciones con fieles calificados de «fervorosos» y muy «piadosos», hay que luchar contra esta forma de individualismo, herencia de un cultivo de la piedad «privada» en lo que es celebración común.

El envío recoge en síntesis el mensaje de la Palabra proclamada en las lecturas, aplicada a la asamblea en la homilía y hecha efectiva y participada en el Sacramento de la Muerte y la Resurrección de Jesús, y lo orienta a la vida diaria. Con la bendición del presidente, el envío, es una invitación a pasar de la unión común en Jesucristo a la vida común. La asamblea eucarística se orienta a compartir la vida en Jesucristo por la fe y el amor común diario y concreto. Es mejor que la monición la haga el presidente, lo mismo que el saludo inicial; termina el envío con la fórmula «podéis ir en paz».

No está demás advertir que, cuando no se dispone de nadie para hacer las moniciones, debería hacerlas el mismo sacerdote; al menos las más importantes. Ateniéndose a lo que son de verdad las moniciones, claro, pues no se trata de estar continuamente sermoneando o haciendo catequesis. Deberíamos habituarnos a hacerlas diariamente, siempre que participen algunos fieles. Pero, preparándonos, si no caeremos en una rutina superficial ante la que el silencio es un mal menor. Si se hacen bien, son una continua iniciación a la participación común, a la unificación de la asamblea en los momentos claves de la celebración.

OTROS ELEMENTOS QUE UNIFICAN LA ASAMBLEA

El canto es un elemento común de la celebración, que une y expresa admirablemente la unidad de la asamblea. Para que unifique la asamblea eucarística con los sentimientos propios del mensaje de cada domingo y de las diferentes fiestas, hay que elegir los cantos, en cuanto sea posible, en función del tema de ese día; cantos que respondan a la Palabra de Dios que ese día se proclama. Es necesario el breve ensayo antes de comenzar la celebración, al que aludíamos arriba.

Las respuestas, aclamaciones y todo lo que es propio de la asamblea, como recitación de las partes variables, etc., son elementos que realizan y expresan la unidad de la asamblea.

El silencio también une. Ese silencio en que la asamblea interioriza la oración, la Palabra, el misterio de la presencia salvadora de Cristo... Silencios que no sólo hay que respetar, sino que hay que favorecer y hasta iniciar a ellos a la asamblea para que sean densos, activos, llenos del contacto con Dios. Porque este silencio «sagrado», cargado de la presencia de Dios, también es signo de la unidad común.

Los dos mementos son buenas ocasiones para orar en común solidarizándose con personas y necesidades bien concretas, de la comunidad parroquial, de la Iglesia universal o del mundo entero. El pequeño de los señores X que está enfermo; los jóvenes A y B, que viven en la calle tal, y van a contraer matrimonio esta semana; la paz en el Vietnam, los que mueren de hambre en la India, y tantas y tantas necesidades concretas. Y en el memento de difuntos, don Fulano de tal que falleció el miércoles, los que han perdido la vida en tal o cual accidente. Así se agrupa a la comunidad y se unifica la asamblea en torno a personas y necesidades reales y concretas que vienen a ser comunes. Y se une a los presentes con los ausentes, ensanchando la asamblea por la caridad, universalizándola. Orar todos por un hecho o una necesidad hacia el que todos están sensibilizados por la Prensa, la Radio, la TV, eleva la solidaridad humana al nivel de comunidad orante, y da a la asamblea eucarística un gran realismo.

CONCLUSION

Como ha podido observarse, la pastoral de la asamblea se traduce en el cuidado de todos los signos de la celebración, ya que todos revierten en el signo vivo de la asamblea.

Y el signo de la asamblea eucarística se orienta a la comunidad de vida. La asamblea eucarística que no se traduce en más amor real, efectivo, diario, y concreto, en mayor conocimiento mutuo y en una actitud cristiana de comprensión y de servicio, es una asamblea eucarística deficiente. Se puede decir que ahí falla la eficacia misma de la eucaristía, que es hacer Cuerpo, Iglesia, comunidad, no en abstracto, de un modo espiritualista y vago, sino en concreto en las personas que se han unido en asamblea. Esta deficiencia se da porque el signo de la asamblea está falseado de algún modo, tal vez en su misma base.

No hay que desanimarse si la situación actual de nuestras asambleas, no es halagadora a este respecto. Lo que hay que hacer es plantearse el problema y trabajar. Tal vez, si somos sinceros, veremos en nuestra propia actuación una buena causa de las deficiencias.

Trabajar teniendo presentes las limitaciones inherentes a toda asamblea terrestre, en referencia a la asamblea celeste que será la única perfecta. Limitaciones que crecen al enfocar el problema de ciertas asambleas, por las condiciones de la vida moderna. Pero, la conciencia de las limitaciones no ha de conducirnos a cruzarnos de brazos, sino a trabajar más, aunque con más realismo y por ello con mayor serenidad.

Trabajar sin la prisa desordenada de los frutos prematuros, y sin buscar los aparentes frutos de un esteticismo vanidoso. La humana sencillez de la vida cristiana, captada y vivida con sinceridad, debe ser la medida de la vida litúrgica.

Y trabajar con la humilde conciencia de servir de instrumentos al Dios que convoca la asamblea cristiana personalmente, reuniendo a los hombres en Jesucristo por su Amor a través de la Palabra, del Sacramento y de los mismos fieles directamente por su Espíritu.